

Reforma, no revolución

XAVIER BATALLA

LA VANGUARDIA, 4.04.09

Hace noventa años, nada más acabar la Primera Guerra Mundial, el mundo era un escenario frágil y abocado a un nuevo orden. Entonces, para los occidentales, la amenaza era el bolchevismo ruso; ahora, el mundo, zarandeado por la crisis financiera, también es frágil. En 1919, en París, los grandes de entonces celebraron una conferencia de paz para poner orden, pero la obra fue un fracaso. Ahora, en Londres, las grandes potencias y las emergentes se han reunido para establecer otras reglas del juego para el sistema financiero.

El presidente Woodrow Wilson hizo historia en 1919, ya que hasta entonces ningún presidente había viajado a Europa durante su mandato, y fue aclamado en París y en Londres. Ahora, el viaje de Obama a Europa, donde es extraordinariamente popular, recuerda aquella visita de Wilson, que fue recibido como la personificación del idealismo estadounidense. Pero si Truman fue presidente en un mundo bipolar y Bush creyó posible la unipolaridad perpetua, Obama se las tiene que ver con un escenario internacional cada vez más multipolar.

George W. Bush no le traspasó a Obama un mundo fácil. "Estados Unidos no está ya en la posición de dictar al resto de las naciones las políticas económicas que seguir o de imponer su voluntad", escribió, en la víspera del viaje presidencial, Helen Cooper en *The New York Times*. Y Obama, en un mensaje inusual para un presidente estadounidense, proclamó en Londres el final de la era en la que el mundo podía apoyarse en "el consumo voraz" de Estados Unidos para alimentar el crecimiento

económico internacional. "He venido aquí a escuchar, no a dar lecciones", afirmó.

La reunión del G-20 (potencias desarrolladas y potencias emergentes) ha subrayado la creciente difusión del poder. China seguramente se convertirá este año en la segunda economía del mundo, superando a Japón; Brasil probablemente dejará atrás a Canadá en un año, e India pasará a España. Estas son las razones por las que la reunión de Londres la ha protagonizado el G-20 y no el G-8, el grupo de los países industrializados.

Bush dividió el mundo entre quienes lo apoyaban y quienes no. Obama pidió unidad ante la cumbre del G-20. ¿Cuál ha sido el resultado? No una revolución, pero sí una reforma. El comunicado final, aunque con vagas directivas y amplios principios, ha inyectado confianza y un billón de dólares al Fondo Monetario Internacional para ayudar a las economías en problemas. ¿Todos, pues, contentos? Los europeos se dicen satisfechos porque se ha alumbrado un nuevo sistema financiero. Los estadounidenses afirman que Obama ha conseguido mucho de lo que pretendía, mientras que el resto puede cantar victoria. ¿Una contradicción? Angela Merkel y Nicolas Sarkozy, que culpan de la crisis al capitalismo anglosajón, han logrado que se aprieten las tuercas reguladoras a los mercados. ¿Un problema para Obama? Tampoco. Obama se resistía a culpar sólo a Wall Street, pero la regulación le va bien para meter en cintura a los ultraliberales que ponen palos en las ruedas de sus planes. Obama, sin embargo, no ha conseguido todo lo que pretendía. Pidió a los europeos más dinero público y que rebajen los impuestos. La respuesta ha sido que no hay más euros.

¿Qué quiere decir todo esto? Que el consenso de Washington, que era la medicina ultraliberal que se aplicó como aceite de ricino, se ha superado, como ha dicho el británico Gordon Brown. El mundo está a las puertas de otro orden económico en el que Estados Unidos sólo aguantará el palo que le corresponde, que no es poco pero que ya no es lo que era. A finales de la década de 1980, la economía estadounidense era un tercio de la mundial; ahora, sólo representa una cuarta parte y, además, está endeuda hasta las cejas. China, por el contrario, ha crecido en Londres otro palmo. Francia quería incluir en la lista negra de los paraísos fiscales a Hong Kong y Macao, y la cosa se puso seria hasta que Obama medió. ¿El resultado? Hong Kong y Macao no están en la lista negra.

La OTAN, reunida al cumplir sesenta años en plena guerra de Afganistán, es la otra cara del escenario. Obama se ha resignado a que los aliados, reacios a arrimar el hombro militarmente, sólo contribuyan con dinero y cursos de formación. ¿Qué nos dicen, entonces, el G-20 y la OTAN? Una ironía: los neoconservadores bromean sobre el modo tan aburrido con el que la Unión Europea resuelve sus problemas, pero en un mundo multipolar, y con un presidente estadounidense internacionalista, el avance está en las negociaciones y la cooperación, que son el método europeo.